

Reflexiones en torno a la familia en la Europa del futuro

LUIS PORTERO SANCHEZ *

Cuando se comienza una lección con el título que a la nuestra hemos puesto, posiblemente lo primero que convenga hacer es explicitar algo su razón y contenido. La referencia a Europa lo es porque en torno a este continente ha venido girando el mundo, sobre todo da partir de los siglos XV y XVI, y desde este espacio geográfico se ha desparramado una civilización sobre todo el horizonte de tierras que la circundan.

Centro de comunicaciones geográficas y culturales, Europa se nos presenta a lo largo de los tiempos como una fuerza coherente. Es Curioso cómo a pesar de las luchas internas, de diferencias étnicas y culturales, la «unidad» ha sido siempre una de sus ideas matrices. Desde Roma en adelante, las tentativas de aglutinar han sido constantes, incluso respetando diferencias, abrazando enfrentamientos, salvando recelos. Por encima de todo siempre predominó un deseo de síntesis, la búsqueda de una unidad vital.

No vamos a desconocer que en el camino recorrido tras el medioevo se han producido traumáticas separaciones. Pero el espíritu europeo ha conseguido, incluso en medio de tensiones, sus más altos triunfos. Junto al lado oscuro de la historia, de puntuales hechos de descomposición, el Cristianismo, la Reforma, el Iluminismo, y el Humanismo son movimientos-fuerza determinantes de una ege-monía sobre otros sistemas de vida.

La dinámica de la cultura europea ha conseguido aunar al tiempo la custodia de rancias e importantes tradiciones, con múltiples experiencias adquiridas a lo largo de siglos, siempre teniendo como última meta la defensa del ser humano como portador de razón y libertad.

La Europa actual, tecnificada, tolerante, amante de libertades, busca de nuevo esa unidad vital que la hizo grande. Trata, otra vez, de renovarse y ser guía.

Y el futuro. Escribía no hace tanto tiempo Eugen Böhler que «el futuro es el problema del hombre moderno». Cualquier incursión que pretendamos hacer en

* Lección Inaugural del Curso Académico 1991-1992. Esc. Sup. Est. Familiares (Salamanca 18 de octubre de 1991).

él habrá de partir de dos constataciones necesarias: hay que trabajar en el terreno de la hipótesis, y no cabe olvidar que el devenir es algo inevitable. Sin duda que caminamos hacia «algo», y según la vía o las vías que elijamos podremos determinar en buena parte que el punto de destino sea mejor o peor que el de partida.

El problema es hallar el momento para iniciar el viaje y averiguar el itinerario a seguir. De cualquier forma, no podemos esperar más: Robert Joungk se atrevió a pulbicar en 1953 un libro titulado «El futuro ha comenzado». Imaginemos, casi medio siglo después, si hay razón para no dudar al respecto.

Tenemos pues, creo, una justificación para hablar hoy del futuro y de Europa. Y en forma más concreta del futuro de la familia europea. Para comenzar la andadura será conveniente, sin embargo, partir del momento presente.

Vivimos actualmente en lo que algunos denominan «era postindustrial», en medio de una sociedad tecnificada, donde el hombre parece haber encontrado en el «progreso» como una segunda atmósfera que le envuelve y le embriaga. Y a pesar de los cuantiosos avances en todos los campos, podemos constatar que no hemos sido capaces de resolver totalmente los problemas básicos a nivel universal.

Asistimos perplejos a una disyuntiva: por un lado nuestras formas de vida moderna son atrayentes y halagan; pero al mismo tiempo, como ya lo pusieran de manifiesto Unamuno y Spengler, no podemos menos de comprobar los paradójicos efectos del progreso técnico.

¿Hacia donde vamos? La mayoría de los estudiosos del tema, señalan para la futura Europa estos caracteres:

- Progresiva socialización del capital (capitalismo maduro);
- Continuidad del «welfare state»;
- Tendencia demográfica estancada, con una cierta inversión de la pirámide de población;
- Personalidad basada en una potenciación del «ethos» adquisitivo, con particular énfasis en la realización individual.
- Pluralidad de estilos de vida y de escalas de valores. Consecuente variedad de modelos de comportamiento.

Por otra parte, nuestra sociedad es tan complicada que no resulta fácil precisar cual de sus caracteres resulta más perturbador. Posiblemente, entre los varios que podrían citarse, descuella de manera sobresaliente la descordinación técnica que se desarrolla, a veces tumoralmente, sin beneficiar realmente al ser humano. De manera que al extinguirse nuestro siglo, López Ibor ha podido exponer como evaluación final del mismo que nos encontramos ante un «conglomerado de frustraciones».

PAPEL DE LA FAMILIA DE CARA AL FUTURO

Antes de penetrar en el devenir familiar en Europa, permítasenos indicar dos cosas, creo que necesarias: por un lado el peligro que puede suponer un excesivo reduccionismo en el tema; por otro la facilidad de caer en una falta de objetividad.

Asistimos, ciertamente, a una serie de cambios, muy acelerados sin duda, que pueden provocar serias distorsiones en el mundo familiar, pero a los que no hemos de ver, sin embargo, con excesivos temores. Al fin y al cabo la actual crisis no es mucho más grave que las hasta ahora acontecidas. Si tenemos la curiosidad de releer ciertos textos, podremos comprobar cómo las cosas varían, pero no tan radicalmente como a primera vista puede parecernos. Veamos como ejemplo un fragmento escrito por Ch. C. E. Thuwing en 1887 sobre la crisis familiar:

«Los últimos cincuenta años han transformado, al parecer, las relaciones matrimoniales permanentes, para toda la vida, en otras que sólo se mantienen mientras resultan convenientes a las partes. El cambio, producido con rapidez, es tan revolucionario y afecta tanto a las bases de la sociedad humana... Existe el convencimiento de que el matrimonio no es más que un contrato civil. Y al igual que otros contratos se establece por placer y conveniencia de las dos partes, y, como en otros, se rescinde cuando ya no se obtiene ni placer ni conveniencia».

Parece como si de un retrato actual se tratase. Y la familia no murió entonces, ni después, cuando otros lo preconizaron. La pregunta que ahora nos toca hacer es la siguiente ¿Esta familia, tendrá fuerza suficiente para ser elemento renovador? ¿tendrá capacidad de adaptación suficiente para seguir pujante en la nueva era que vamos a estrenar?

El actual Pontífice Juan Pablo II, un enamorado de la familia, ha dicho en numerosas ocasiones, y de forma más solemne en la Exhortación Apostólica *Familiaris consortio*, que el futuro de Europa está en la familia. Y en la Conferencia Europea de Ministros responsables de Asuntos Familiares, celebrada en Estrasburgo el 22 de mayo de 1987, los representantes de una mayoría de países del viejo continente coincidieron en afirmar que la familia, como unidad básica de la sociedad, sigue siendo la estructura mejor adaptada para proveer a las personas de estabilidad, racionalidad, libertad y realización personal (n. 11).

La familia va pues a seguir su andadura, firme y segura, aunque se encuentre sometida a múltiples dificultades. A nosotros, cuantos desde Institutos especializados nos ocupamos de la temática familiar, nos toca estar en vanguardia para que la institución se convierta en germen de una renovación y pueda marcar decisivamente el devenir del hombre en el futuro siglo. Investigando, preparando a gentes, propiciando encuentros, divulgando ideas, hemos de mantener una prudente, pero firme, presencia social.

El primer paso será plantearnos si realmente existe una crisis familiar, cuáles han sido las causas, y cómo va a evolucionar en un tiempo inmediato.

Efectivamente, hoy se sigue hablando de «crisis familiar». Pero inmediatamente conviene señalar que hemos de alejarnos de cuanto tal frase pueda tener de catastrofista. Mejor es hacerla sinónimo de «cambio», de «transición», incluso de «desorientación».

Podemos detectar, es cierto, una familia desorientada al encontrarse inmersa en la encrucijada de una etapa histórica que termina y otra que se apresta a comenzar. En tal contexto la familia sufre de dos formas: por las propias tensiones interiores, y por una serie de fenómenos externos que la afectan especialmente.

Nadie sensatamente podrá ocultar que seguirá habiendo dificultades, problemas y peligros amenazando a la familia. Y que esta institución, como eterna

adolescente, deberá sufrir transformaciones. Posiblemente el gran riesgo se encuentre en la velocidad con que se produzcan los acontecimientos.

Pero no olvidemos nunca que en toda «crisis» se encuentra, como decía Ortega, el principio de la solución. Y para que haya una salida airosa en la misma bueno es indagar a qué razones se ha debido. Veamos a continuación, un poco concatenadamente, el campo en que se desenvuelve dicha crisis:

1. El ritmo acelerado de los aconteceres. Sin duda alguna podemos constatar cómo el ser humano y la propia sociedad en que vive marchan hoy en una carrera acelerada. No se trata, sin embargo, de un ritmo constante, uniforme, sino que se desarrolla de forma discontinua: a veces aumenta y otras disminuye.

Esta dinámica nos enfrenta constantemente a nuevas realidades, nos espolea y nos concita a un rápido cambio de pensamiento y de actuaciones que apenas podemos soportar. Tenemos que adaptarnos a marchas forzadas, sin apenas tiempo para reflexionar.

Y esto, aunque no todo cuanto se presenta como distinto —repito una vez más— suponga verdaderamente un cambio esencial. Admitiendo incluso que se trata de repeticiones cíclicas con nuevos estilos, lo cierto es que nos toca vivir al día, sin apenas continuidad. De esta forma, es fácil tomar lo transitorio como regla de estabilidad.

2. Ese ritmo, esa vorágine del cambio provoca en los seres humanos inseguridad, inestabilidad. Se produce un vacío ideológico cuando se desestiman viejos valores y no se encuentra recambio a los mismos. Se siente angustia.

Ortega, en su obra *El tema de nuestro tiempo* escribía que el hombre occidental padece una gran desorientación. Y López Ybor ha dicho que «la angustia es la gran vivencia del hombre actual». Parece lógico pues que en ese clima sobrevenga un espíritu de privisionalidad, y que en nuestra inteligencia aparezca la ligereza, la indiferencia, la superficialidad.

De esta forma dejan de estar de moda los principios, los credos, las filosofías. Se constituyen como paradigmas el no comprometerse, el entregarse al goce momentáneo, el cambiar por cambiar.

3. Crisis de autoridad. Mucho se ha hablado de este carácter de nuestra época. Yo diría que es más correcto decir que asistimos a una «crisis del concepto de autoridad». La autoridad es necesaria, y no podremos nunca prescindir de ella, porque es instrumento inexcusable para sobrevivir socialmente: a través suyo se establecen derechos y deberes, se consigue un orden.

Pero lo que nuestra sociedad, es cierto, demanda es un nuevo estilo de autoridad: el paso de unas relaciones «preceptivas» a otras «electivas». Se admite el mandato, pero siempre que se haga teniendo en cuenta a la persona con sus cualidades, defectos, circunstancias.

4. Pérdida de valores, ideales y convicciones. Hay una tendencia a desestimar antiguos valores, con el consiguiente «achatación de la sociedad», en frase de Spranger. Al propio tiempo vemos como se pierde individualidad en pro de una masificación de actitudes y estilos. En suma, hay una acomodación a lo terrestre.

El hombre se hace cada vez menos responsable de su pensar y su juzgar; le basta con estar informado de los patrones sociales de conducta y adaptarse a ellos en el obrar diario. Existe una paulatina pérdida de convicciones personales, de conciencia individual; de este modo se va creando una moral colectiva, una pseudoética, cuyo principio supremo es imitar lo que se haga alrededor.

5. Desunión e incomunicación. Acabamos de decir que el hombre es un ser social. Pero inmediatamente hay que constatar cómo circuntrancias de la vida cotidiana le lleva con frecuencia a profundas desuniones con sus semejantes. Aparece la incomunicación como otro de los grandes aspectos negativos de nuestra sociedad, que también afectará a la familia del futuro.

Sin embargo el diálogo, el entendimiento entre quienes han de convivir, es una necesidad perentoria. Máxime cuando el cambio acelerado —al que hemos hecho referencia— provoca en ocasiones disparidad de criterios, de opiniones, de actitudes. La comunicación es un medio para evitar enfrentamientos, de impedir disragaciones; pero comunicación con cada uno del entorno, y no solamente con grupos externos.

Posiblemente el hombre actual, que tanto desea ser libre, no sabe muy bien compaginar esa libertad con la necesidad de compañía. Consecuentemente puede llegar la soledad y la incomunicación.

Vistos ya estos cinco puntos, todos ellos relacionados, pasemos a otear cómo puede ser la familia en la Europa que comenzará dentro de unos años. Siuviésemos que contemplar una especie de radiografía, veríamos como conserva buena parte de sus caracteres actuales, al tiempo que prosigue una evolución sobre determinados aspectos concretos.

En esta evolución, que viene ya apuntada hace años, contemplamos el paso de una familia amplia, de perfiles un tanto rígidos, a otra muy reducida, mucho más personalista, de estructura elástica, donde la libertad y lo afectivo comienzan a ocupar puestos importantes.

Es por tanto previsible que en un futuro próximo tengamos una familia europea de estructura mínima, adaptable, con escasas funciones, en un punto intermedio entre la naturaleza y la historia, entre lo individual y lo comunitario, y actuando entre la vida espontánea y el reglado mundo del derecho.

Siempre se ha encontrado la familia ante tensiones dialécticas, pero me gustaría entresacar alguno de estos aspectos, para intuir posibles variaciones a media plazo:

a) La paradoja (ya apuntada por Durkeim y Parsons) de que a una sociedad cada vez más compleja la acompañe una familia cada vez más simple, puede verse comprometida en un futuro. Es verdad que tal hipótesis ha venido hasta ahora siendo confirmada, pero creo que es algo que no puede considerarse inevitable. Si en la década de los sesenta se planteó ya una cierta polémica en torno a este axioma (Parsons, Litwak, Sussman, Shanas, Streib, etc.), los avances en materia de comunicaciones permitirán mantener una relaciones familiares extensas a pesar de la separación espacial de los miembros familiares. De esta forma puede paliarse en encerramiento en sí misma de la familia nuclear, tal y como parece haber venido sucediendo.

b) La relación de pareja seguirá viéndose afectada por una inestabilidad que es posible a medio plazo tienda a remitir. La independencia socio-laboral de la mujer, la difusión de mentalidades utilitarias en la relación conyugal, la incomunicación, el trabajo como esclavizador de tiempo y energías, serán alguna de las causas de tal pervivencia. Contra ello el mayor tiempo de ocio (si se sabe aprovechar debidamente en favor de la familia), así como al posibilidad de diálogo e intercomunicación más libre y sincera, permitirán hacer de contrapeso. Si conseguimos, como dice Dolores Curaran, tiempo para convivir en el pleno sentido del término, el mundo de las ideas, de los sentimientos se verán favorecidos y todo ello beneficiará la estabilidad. El paso de una relación excesivamente ins-

titucionalizada a otra basada en el afecto, puede traer consolidación desde algunos ángulos, pero simultáneamente encierra el peligro de ruptura cuando los sentimientos afectivos terminen. Por ello buscar un equilibrio se impone y aún no lo hemos logrado del todo: eso es una tarea para el futuro.

c) Ciclos familiares y «privacy». Es muy posible que el alargamiento de los tiempos de estudio, y la dificultad de encontrar una colocación fija, provoque un retardo en la salida de los hijos del hogar y en ese sentido puedan afectar algo a los ciclos familiares. Habrá por tanto probablemente una mayor convivencia física de la familia en el hogar, pero deberemos tener presente la distinción de Tamara Hereven entre «tiempo familiar» (verdadera convivencia) y «tiempo individual» (espacio de tiempo que los miembros de la familia viven fuera del hogar).

Asistiremos, por otro lado, a un progresivo aumento de la privacidad en las relaciones familiares. Estoy hablando de una mayor extensión de la esfera de lo privado en detrimento del ámbito de lo público. Como resultado asistiremos a una disminución de los controles sociales, las normas intrafamiliares buscarán su predominio sobre las reglas jurídicas codificadas, etc.

Lo que ocurre es que la separación entre lo público y lo privado cuando a la institución familiar se refiere es muy difícil. Existen zonas y límites difusos, donde la distinción público-privado no se da de forma rígida sino más bien en el contexto en que la actividad familiar se desarrolla. Por poner un ejemplo, el acto formal y público del matrimonio puede luego conducir a una serie de relaciones que para muchos han de quedar en la esfera de lo privado; por el contrario, cuestiones en principio consideradas puramente domésticas (la educación) pueden derivar en materia pública.

Este será otro de los retos para el futuro. Clarificar el mundo familiar desde este ángulo, aunque sea función delicada y de difícil solución, es tarea de juristas y demás especialistas que habrán de hacerle frente.

d) Matrimonio y modelos familiares. El matrimonio seguirá apareciendo, a pesar de los pesares, como un objetivo importante para una mayoría de los europeos. Las estadísticas así lo hacen preveer, y en la Conferencia de Ministros responsables de Asuntos Familiares, celebrada en Estrasburgo, y a la que hemos hecho referencia, los representantes de la mayoría de países subrayaron que el matrimonio sigue siendo una condición para el reconocimiento legal de la familia y provee la mejor base para una estabilidad familiar» (n. 12). No se trata de defender un inmovilismo o uniformidad, prácticamente imposible en sociedades plurales, sino de primar un modelo familiar sin que ello suponga desconocimiento alguno de nuevas formas familiares que están surgiendo o pueden surgir.

En base al clima de libertad que Europa respira, las estadísticas y los Ministros Europeos también constatan el creciente número de personas que deliberadamente eligen vivir fuera de una unión legalizada (bien de forma estable o incluso en forma abierta). La sociedad futura permitirá múltiples elecciones, por lo que algunos sociólogos preveen los siguientes modelos: «familia nuclear simple» (la familia legal que hoy conocemos como más extendida), «familia compleja» (compuesta por miembros de diferentes progenitores y alguno de sus padres), «familia de facto» (sin haberse sometido a formalidades legales), «familia monoparental» (compuesta por los hijos y uno de sus progenitores, normalmente).

Una política familiar correcta deberá plantear a los europeos un serio estudio sobre estas posibilidades y su tratamineto social. En numerosos foros ya

se ha puesto en evidencia la necesidad de buscar y reconocer solo uniones estables, entre otras razones a causa de los problemas de diverso tipo que conlleva cualquier otro tipo no solo para la pareja sino sobre todo para unos hipotéticos hijos.

Dos son fundamentalmente, en efecto, las principales cuestiones que en referencia a este punto habrán de tomarse en consideración: por un lado (al margen del ataque de ideologías libertarias, de medios de comunicación, etc. a la estabilidad matrimonial) deberá pensarse en la conveniencia o no de apoyar las uniones conyugales solo en sentimientos (afecto, bondad, etc.) cuando no puede ocultársenos lo que de inestables, cambiantes y caprichosos tiene a veces; por otro lado la socialización básica del niño (que todos coinciden ha de darse en el seno familiar principalmente) no es fácil poderla llevar a cabo si falta alguna de las figuras paterna o materna, o bien en medio de modelos familiares donde no exista la igualdad y corresponsabilidad.

LA FAMILIA QUE HAY QUE BUSCAR

Debemos de tener muy presente que una cosa es la familia ideal y otra, a veces muy distinta, la familia real. Incluso dentro del mismo modelo familiar, los rápidos cambios sociales pueden hacerlas diferentes. Por tanto una cosa será el tipo de familia que pretenda valorarse, y otra la existencia simultánea de otras formas familiares.

Obligación nuestra, de los órganos dedicados no sólo a estudiar la familia sino a propiciar su buena salud, será el intentar mostrar lo que debiera de ser para el futuro una familia «sana». Veamos a continuación algunos de los objetivos que debiera cubrir para lograr esa meta, no sin advertir por cuanto hace a la terminología que hemos empleado que no siempre es fácil establecer la frontera entre una familia normal-sana y una familia enferma.

1.—En primer lugar, una familia sana, ha de conseguir un ambiente adecuado, que deberá caracterizarse por:

- tener bien definidos sus espacios internos (competencias y reglas de juego de los miembros) y externos (relaciones con su entorno social, con otras familias, con organismos, etc.). Esta definición de espacios conviene, a ser posible, que se haga consensuadamente.
- debe fomentar continuamente un desarrollo de las personas en libertad y responsabilidad, lo cual supone, sin duda, conseguir un delicado equilibrio. Para ello se requerirá un inteligente grado de flexibilidad, pero sin pérdida de papeles.
- es absolutamente necesario que en la propia familia se forme o haya un aprendizaje para la vida familiar y social. La educación afectiva y un ejemplo de sinceridad, estabilidad y honestidad de vida son pilares para cumplir este objetivo.

Los padres han de llegar al convencimiento del esencial papel que juegan y su gran responsabilidad en esa meta, de la que va a depender en no poco la futura felicidad de sus hijos. Y no debe hacer dejación de ese derecho-deber en otras instituciones, aunque pueda buscar en ellas ayuda o complemento.

- si la familia quiere sobrevivir, deberá estar abierta a nuevos horizontes. Generosamente receptiva a avances científicos y cambios sociales; pero esto

no quiere decir que haya de aceptar indiscriminadamente todo cuanto se le ofrezca, sino que habrá de procurar un esfuerzo de integración únicamente de cuanto positivo pueda adquirir.

2. Con todo, no bastará lo anterior. Es preciso también saber presentar a la familia adecuadamente a los tiempos que corren y a los que vengan. Tiempos en los que, a pesar de las insistentes peticiones de Juan Pablo II, Europa se va a mover en terrenos de secularidad. Esto quiere decir que, incluso como cristianos, deberemos saber aceptar una pluralidad de modelos familiares por respeto a personas y culturas diferentes. Y no podemos imponer a otros, que piensen distinto, nuestro modo de entender la familia; aunque sí que debemos hacer presente lo que de positivo tenga. Finalmente, y como consecuencia de lo anterior, debemos de ser exigentes para solicitar también el respeto ante nuestro modelo y la libertad para vivir en él.

Quiero finalmente hacer una reflexión acerca del juego que los Institutos, Escuelas o Centros especializados en la problemática familiar pueden jugar, tanto en la esfera civil como en la eclesiástica. Lentamente, pero sin pausa, estamos consiguiendo una concienciación de la importancia de la familia en el mundo presente y el próximo futuro, y la necesidad de que se cree y aplique una correcta política familiar por parte del poder civil, y una pastoral familiar por la Iglesia.

Desde que Cicerón hablara de la familia con «*principum urbis*» hasta la solemne Declaración de Derechos Humanos (art. 16,3) la familia ha sido, es y seguirá siendo el elemento natural y fundamental de la sociedad, que tiene derecho a la protección y la ayuda necesarias para su buena andadura. Protección y ayuda que ha sido requerida innumerables veces (Código de Malinas, Carta de los Derechos de la Familia, etc., etc.) y que cicateramente se le ha negado también en bastantes ocasiones.

Es preciso continuar investigando, reflexionando, preparando especialistas divulgando en los medios sociales, ayudando cuando un consejo o una terapia se requiera. El Consejo de Europa lo ha solicitado, el Pontífice y las diversas jerarquías eclesiásticas lo recomiendan. ¿El camino a seguir? De forma muy simple y sencilla es éste: tomar conciencia de las realidades, y hacer un esfuerzo para que la familia enferma pueda sobreponerse a los problemas que tiene, y procurar sobre todo que en el futuro aparezca consolidada una familia como espacio de paz, amor, solidaridad, realización humana, y servicio. Y educar para la vida familiar.

Para tal programa en ocasiones se necesita una buena dosis de paciencia. La impaciencia no es sino la antivirtud en la que no debemos de caer. Y se necesita también esperanza, porque el camino no es fácil pero la meta merece la pena.

BIBLIOGRAFIA SUMARIA

- Angustias de la familia hoy*. Universidad Pontificia de Comillas (Madrid 1985).
BELTRAO, *Sociología de familia contemporánea* (Petropolis-Rio de Janeiro 1976).
BILCHEZ, L. F., *Conflictos matrimoniales y comunicación* (Madrid 1985)
Conferencia Europea de Ministros responsables de Asuntos Familiares. Reunión de 22 mayo de 1987 en Estrasburgo (MMF-XX-87-9).
Consejo de Europa. Recomendación 27 junio de 1980 (R-80-12).

- Resolución de 8 julio de 1986 (Doc. A-2-230/85).
- DONATI, P., *La famiglia nella società relazionale. Nuove reti e nuove regole* (Milano 1986).
- GOMEZ RIOS, M., *Familia y sociedad de consumo* (Madrid 1985).
- GOODY, J. R., *La evolución de la familia y del matrimonio en Europa* (Barcelona 1986).
- LACROIX, J., *Fuerza y debilidad de la familia* (Barcelona 1979).
- LECLERCQ, J., *La familia* (Barcelona 1981).
- MITTEAUER, M. - SIEDER, R., *The European family* (Oxford 1982).
- PASTOR RAMOS, G., *Sociología de la familia* (Salamanca 1988).
- SAEZ MORA, V., *Familia, comunicación y compromiso* (Madrid 1986).
- SARACENO, CH., *La famiglia nella società contemporanea* (Torino 1983).
- Storia universale della famiglia*. Vol. II: *Età moderna e contemporanea* (Milano 1988).
- VAZQUEZ RODRIGUEZ, J. M., 'La familia futura. Aspectos sociológicos', en el volumen *La familia: una visión plural* (Salamanca 1985).
- Vuelve la familia por encima de las ideologías*. Actas del IX Congreso Internacional de la Familia (Madrid 1988).
- WALL, R. - ROBIN J. - LASLETT, P., *Forme di famiglia nella storia europea* (Bologna 1964).
- WILLI, J., *La pareja humana: relación y conflicto* (Madrid 1985).

SUMMARY

The author, in a short exposition that opened the academic course 1991-1992 in the Higher School of Family Studies, shows the main characters of the actual european family in order to intuit its future. He specially talks about same causes and effects of the crisis the institution is passing through, as well as he looks at its next future and the most important troubles it will have to front: family models, privacy, inestability... Finally, the author gives his opinion about how a «sane family» should be.